

co, cayó Orozco y surgió Huerta, cayó Huerta y surgió Villa, caerá Villa y surgirá. . . alguien, si otro Hércules magnipotente no corta de un tajo las siete rémoras capitales.

Y pues saltó el nombre del famoso "Napoleón bandido", denunciarele, a seguidas, con relatos ajenos—que vuestra curiosidad no aguanta espera.

El patronímico, en sí, os inquieta. Marfil, sumo elogiador, por cierto, de don Victoriano, en tirada conandoylesca, esboza:

"Huérfano, muy joven, era el único protector de una hermana, muy linda. El hijo de un jefe político se enamoró de ella y la raptó. Villa se lanzó en su persecución, les alcanzó, y después de una corta visita a un cura benévolo, que celebró el matrimonio, alojó una bala en la cabeza de su ya cuñado, y se volvió a casa, con la seguridad de haber cumplido su deber. El padre de la víctima se dirigió al vengador en busca de explicaciones, que fueron cortas, pues Villa le dejó tendido en los umbrales de la puerta. Intervino el Gobierno, y Villa, por el imperio de las circunstancias, se convirtió en un *outlaw*".

Tómalo, ya triunfante, napoleónico casi, Francisco Azcona, y consigna:

"Villa, purificado de su pasado borrascoso por el fuego sagrado de la Revolución, es digno de estima. Villa, quebrantando la disciplina del Ejército Constitucionalista, es vituperable. Su espada es una amenaza constante pa-

ra nuestra soberanía; su rebelión, otro pretexto de intervención extranjera y otro aislamiento del mundo civilizado. El mundo entero se subleva a la idea del entronizamiento de Villa. Se le pone en el platillo opuesto al de Huerta en la balanza de la Paz y del respeto ajeno; y, para los pueblos civilizados, en su opinión, pesa más el otro, a pesar de la sangre de Madero".

El licenciado Cabrera me lo enseña, más tarde, en conferencia del teatro Dehesa, como el acaparador de los Convencionistas del Herradero de Aguascalientes, movido por ciega ambición.

Otro licenciado, y meritísimo, Rafael Zubaran, describemelo físicamente como a tipo lombrosiano.

Ortiz Rubio, (ingeniero-poeta, con rara dualidad echegariana) a presencia de colegas tan queridos como Gustavo Herrero, y Castro Chané, le da los toques finales a la semblanza que me ofreció a bordo del "México" en el inolvidable viaje de retorno a la Habana: Ríe como las panteras, y halaga como los leones, es pura fiera.

Y Roberto V. Pesqueira, ágil propagandista de la revolución, estigmatízalo, en fin, en interview que me concede, denominándole "instrumento de todos los desperdicios nacionales".

Carece de plan, y si pacta hoy, mañana rompe con Zapata, otro jefe, prometedor de bienestar comunista, ignorando lo que esto entraña, según asevera el más documentado y va-

lioso de los biógrafos de don Venustiano: Edmundo González Blanco.

Planteado en tan disímiles campos la lucha, desventajosa para los conculcadores del sentimiento libertador, no constituye mérito de adivino el prever los desastres "doroteistas". Para mí, el cálculo los resalta; el corazón los presiente; tráeme gratos anticipos, de ese epílogo de fugas, dispersiones, aniquilamiento, parte cablegráfico de Alvaro Obregón, militar sin segundo, entero de ánimo, limpio de conciencia, horro de inquinas anticiviles, garantía básica de firmeza republicana: la espada que se enfunda y ciñe al cinto, para que la toga despliegue la augusta serenidad de la razón.

Ved el cablegrama:

"Cuartel general en Celaya, Guanajuato.—Abril 9.—M. Fernández Cabrera.—Heraldo de Cuba.—Habana:

"Tengo el gusto de comunicar a usted, que el triunfo alcanzado por mis tropas sobre las fuerzas reaccionarias que manda Francisco Villa, ha sido completo, decisivo.

"Al cabo de treinta horas de incesante combatir con los reaccionarios villistas, personalmente mandados por su Jefe Supremo Villa, y de haber rechazado en diversas ocasiones los furiosos ataques del enemigo que se batía desesperadamente, el Ejército de Operaciones a mi mando, tomó la ofensiva hoy a las 1 y 10 p. m., obligando a las tropas enemigas a batirse en retirada desordenadamente.

"Hasta estos momentos, 2.30 p. m., las fuerzas villistas, acosadas por mis tropas que las persiguen sin descanso, se han replegado atropelladamente a ocho kilómetros al norte del campo de batalla.

"En persecución del vencido enemigo, se han destacado los regimientos de caballería que están a las órdenes de los generales Alejo González, Fortunato Maycott; Jesús S. Novoa y Alfonso Elizondo, pertenecientes a la División que es al mando del valiente general de brigada Cesáreo Castro.

"Estas tropas cargan, en estos momentos, sobre el defrotado enemigo que ante el rudo ataque por ambos flancos, de la caballería constitucionalista, huye sin orden alguno.

"Se ha procedido ya a levantar el campo, habiendo sido recogidos hasta estos momentos más de mil muertos del enemigo.

"El número de prisioneros hechos a los villistas pasa de cuatrocientos.

"En mi poder han caído también gran cantidad de armas y municiones abandonadas en su fuga por las fuerzas reaccionarias.

"Por los prisioneros hechos al enemigo tengo informes de que acompañaban a Villa, los generales de división del extinto Ejército Federal, Pedro Ojeda, José Delgado y Eduardo Ocaranza.

"Salúdole afectuosamente.

"El general en jefe.—Alvaro Obregón".

Un entusiasmo de gratitud al invicto caudi-

llo que me prefiere mientras su clamorosa apoteosis, mézclaseme a reflexivo contento.

¡Familias mexicanas residentes en Cuba, acogidas con la blanda hospitalidad que los emigrantes de la epopeya mambisa aprendieron en el seno de vuestra patria, más amada al veros de ella proscritos: alborozaos. México se salva.

Y yo os juro que, con México, os salvaréis.

¡A Carranza le caben muchas hidalguías en el pecho!!

Y entro al objeto de rematar ya estas jornadas, que llamaré partidaristas, a mantener la defensa de la revolución en conjunto, no considerando sus causas, ni tampoco sus efectos, bajo el sentido intrínseco del vocablo—para ello bastaría repetir aquel fulminante apotegma de Martí: es tan criminal quien, pudiendo evitarlo, provoca una guerra civil, como quien, siendo necesaria, la evita—; voy a defenderla por sus acaecimientos inmediatos, de suceso ocasional, objetivo. Táchase al Ejército del Primer Jefe, en ejemplo, de devastador, de sevicioso, de sanguinario, donde lo único que priva es el latrocinio, la ruindad, el crimen. Y esa es una muy tremenda injusticia. Yo no creo que pueda disculparse un mal, por el conocimiento de otro mal más grave; pero cuando la historia, rígida enjuiciadora de los siglos, enseña cómo no es posible sustraerse en la guerra, y menos al ser interna, a esas vastas calamidades que se llaman incendio, y saqueo y exter-

minio, debemos al menos aminorar la inclemencia de nuestra condenación, aún refiriéndose a quienes hacen de la propia inclemencia especie de guía de sus actos, impulso de su espíritu, necesidad imperiosa de su vida, donde se ahoga, sin permitírsele florecer, todo otro germen aparte de esos tan perversos de la codicia, y la venganza, y la ruina, bajo el ferozmente divino patrocinio—si se me permite la frase—de Marte, de Moloch, o de Huchilobos. . .

Sé, sí, cómo allá, fuera de las batallas menudean los atropellos, las exacciones, el asesinato, los desmanes, en fin; conozco, por haberseme contado, casos de robo a mano armada, de secuestros injustificables, de inútiles fusilamientos, de asaltos a la propiedad privada, destruyendo cuantiosas bibliotecas e incipientes pinacoteas de bastante mérito; he visto la ocupación de Iglesias, profanándose, por la soldadesca, las reliquias del culto; me afirmaron también de algunos generalotes cuyo mayor goce fuera una orgía de sangre, y de otros, que se enardecen y tórnanse supraheroicos, cuando los cascos de sus caballos pisotean cráneos deshechos, miembros mutilados, vientres donde la balas alojan su fuerza homicida; pero ello, con apartarse así de todo fundamento ético, de herir en lo más íntimo a cualquier sér de cerebro en equilibrio, sometido a los principios inflexibles de la moral, empalidece, se amengua y olvida, de comparársele a las apocalípticas carnicerías de todos los tiempos, en las naciones todas,

y por las razas de hombres más varias, opuestas.

De mi acerbo estudiantil, acúdenme al recuerdo dos relatos crispantes, inigualables, que se refieren, uno, al ultra-feroz Rhamsés, que según cuenta una estela, caía sobre sus enemigos como una montaña de granito, los aplastaba, y con su sangre petrificada la tierra como hubiera podido hacerlo con agua; el otro, relativo a un Rey sirio, auto-biógrafo, en este trozo que fijé en la memoria, impresionado por tanta crueldad, por infamia tan execrable:

“Me lancé en su persecución y en la montaña sembré mil cadáveres de guerreros suyos, con ellos llené todos los surcos, y a ciento treinta prisioneros que quedaron vivos les corté las manos. A los habitantes de la ciudad les corté las cabezas y les arranqué los labios. . . Y en cuanto a los sublevados, maté a uno de cada par, y ante las puertas de la ciudad construí un muro: hice despellejar a los jefes, y cubrí el muro con sus pieles. Otros fueron empalados vivos, otros crucificados, otros empalados. . . y sus carros de guerra, sus mujeres y sus arneses, fueron traídos a mi presencia. . . El resto del pueblo fué expuesto vivo ante los grandes toros de piedra de que Sennacherib, el padre de mi padre, mandó a hacer, y yo los arrojé al foso, les corté los miembros y entregué para que fueran pasto de los perros, de las fieras, de los animales del cielo y de las aguas. Y al realizar todas estas cosas, regocijé el co-

razón de los grandes dioses mis señores. Contemplando las ruinas mi rostro resplandecía y encontré el contento saciando mi suprema irritación”.

¿Y más guerreros desalmados?: Saúl, Sansón, David, por citar a judíos, creyentes de Jehová; y está Gengis Khan, el victorioso de Samatrazza, y Atila, y César, y Napoleón. . . De aquel huno selvático quién ignora lo de que no reverdecía hierba en los sitios atravesados por su como centauro fabuloso; del Cayo Tulio imperator quedan, para pasmo de generaciones, los sitios de Namur, Vannes y Cahors, siendo conocidísima esta relación de Plutarco: “tomó a la fuerza más de ochocientas ciudades, sometió más de trescientas naciones, combatió contra tres millones de hombres, de los cuales un millón pereció en la línea de batalla y otro millón se vió reducido a cautivero”; de Bonaparte inmenso, baste aludir a su retirada de Rusia, relatada por Faber de Faur, o aquella orden de ensartar con las bayonetas a los prisioneros de Jaffa, “pues habían de economizarse los cartuchos”.

Cuanto a España, no puede sentirse envidiosa de tales “glorias”, pues ofrece al comentador a su Hernán Cortés y a su Francisco Pizarro, los dos férreos conquistadores, a propósito de quienes se ha escrito: “todos los salvajismos de cuantos han impuesto una cultura mejor, librando a razas inferiores de vanas idolatrías y primitivas teogonías inaceptables, es-

tán disculpados, excepto los de esos capitanes españoles, más duros y secos que sus corazas, fanáticos de tres fanatismos: el Oro, la Cruz y el Cetro!"...

¡Los ataques al clero!

Escuchad esta lista de martirologio, consagrado en 1914, por los alemanes en pueblos del ex-reino de Alberto I.

.....
 21 de Agosto: el cura de Buckee M. Clerck, se hallaba en una cama enfermo. Los alemanes lo obligaron a levantarse, y como no podía andar de prisa, lo fusilaron. Su cadáver fué encontrado teniendo las orejas y la nariz cortadas.

.....
 El 24 de Agosto, el cura de Gelrode fué detenido en su iglesia. Los alemanes lo acusaban de haber predicado contra ellos. Lo llevaron al Ayuntamiento atado codo con codo, y ahí lo dejaron toda la noche. Al día siguiente, un centinela le dió un culatazo en la cara. Para impedirle que gritara, lo fusilaron en el puente de Demen y echaron su cuerpo al tranquilo río.

.....
 El 26 de Agosto, el cura de Pont Brubi quiso defender a un anciano que un soldado alemán maltrataba en la iglesia. Un oficial hizo fusilar al cura en la iglesia misma.

.....
 El 28 de Agosto, al entrar en Aerchot, los

alemanes hicieron prender al cura y lo fusilaron sin dar ninguna explicación. Al jesuíta Dupierreux lo fusilaron también entre dos sacerdotes americanos, monseñor Wielemsen, rector del colegio de Lovaina, y monseñor De Becker, ex-rector del mismo colegio.

Este último preguntó por qué se cometía aquel crimen, y el oficial alemán le contestó:

—Porque pretende que hemos incendiado la biblioteca sin razón.

Luego agregó:

—Si usted fuera belga, también lo fusilaríamos.

.....
 En Blegny, los alemanes reunieron a los habitantes en la iglesia y ordenaron al cura que no los dejara salir. Por la tarde, pretextando que faltaban algunos, un oficial dió orden de que fusilaron al sacerdote, y un soldado lo mató a boca de jarro.

.....
 En Surice, los alemanes encontraron juntos a los sacerdotes Piré, cura de Anthé; Ambrise, cura de Onhaye; Gaspard, profesor en el seminario de Dinan; Burniaux, catedrático en Namur, y Poskin, cura de Surice. Estet último estaba acompañado por su madre, una pobre octogenaria, enferma. Al verlos, un oficial se echó a reír y dijo a sus soldados:

—Tirad contra esa banda de cuervos. Todos murieron fusilados.

Extracto esto de un gentil diario guerrero del Cronista entre los cronistas, Enrique Gómez Carrillo.

Si me preguntais por el robo, vaya una carcajada volteriana: Antes que a otra parte el vencedor se dirige a la caja de caudales del vencido.

.
.
.

. . . Sólo la paz—¡la Paz!—aminora en la humanidad sus furias interiores, evitando, si no las agresiones personales al derecho, a la propiedad, a la vida, sí la de las grandes masas, hinchadas, desbordadas, incontenibles, como avalanchas de agua, de fuego, de aire, los elementos magnos del Cosmos! . . .

Que ella ha de advenir es seguro; pero oídlo: no será con, ni por motivos de Ligas, Congresos, Conferencias, y más propagandas teóricas: circulares de Mouraviéff, conminaciones regias, campañas Jaurés, encíclicas del Vaticano, textos para las universidades, interparlamentarismo arbitral; ni será tampoco con recursos prácticos al modo de los del multimillonario "yankee," caricaturado por un compatriota suyo, junto a gigantesco soldadote ríe que ríe, mientras él le reclama con tales palabras: "la más rudimentaria cortesía exige la devolución de mi dinero"; no, no ha de lograrse—¡jamás!—de semejante manera; ha de lograrse al alcanzar su exacto cumplimiento el vatici-

nio de cronista fantaseador que pone en los inmortales labios de bronce de "El Pensamiento" rodeniano, esta expresión:

En la segunda década del siglo XX los hombres derramaron tanta sangre que las guerras se hicieron imposibles para siempre. La justicia rompió su espada en las rodillas.

Señores y señoras: Así sea, en su segunda mitad—pues la otra, realmente, se ha cumplido y con exceso.